

LA IDEA DE “NACIÓN” EN LAS FUENTES DEL MUNDO AMERICANO INDEPENDIENTE

Carlos Alberto Navarro Fuentes*

RESUMEN

Entre una ola de nacionalismos populistas de derecha, de izquierda y gobiernos tecnocráticos, la historia de la ‘Nación’ en medio de la complejidad que la globalización y la crisis de la democracia aportan al escenario de las humanidades y las ciencias sociales, resurge el interés en pleno siglo XXI por el estudio crítico de cómo cobró forma y aportó sentido y significado a la identidad de los pueblos ávidos por hacer valer su independencia recién lograda del poder europeo, en torno a la idea de ‘Nación’. El objetivo fundamental de este trabajo es reflexionar sobre los discursos más importantes que conformaron el inicio de la ‘Nación’. Lo anterior, atendiendo las fuentes y documentos historiográficos más importantes del siglo XIX, escritos por los autores que hoy día se consideran los ‘padres’ de las ‘historias nacionales’, como Lucas Alamán, Francisco Adolfo de Varnhagen, José Manuel Restrepo y Bartolomé Mitre.

Palabras clave: Historia nacional, carácter nacional, mundo atlántico, nacionalismo, organismo-nación.

THE IDEA OF “NATION” IN THE SOURCES OF THE INDEPENDENT AMERICAN WORLD

ABSTRACT

Between a wave of populist nationalisms of the right, of the left and technocratic governments, the history of the ‘Nation’ amid the complexity that globalization and the crisis of democracy bring to the scene of the humanities and social sciences, interest resurfaces in the XXI century for the critical study of how it took shape and contributed meaning and meaning to the identity of peoples eager to assert their newly achieved independence from European power, around the idea of ‘Nation’. The fundamental objective of this work is to reflect on the most important speeches that shaped the beginning of the ‘Nation’ by taking into account the most important sources and historiographic documents of the 19th century, written by the authors who today are considered the ‘fathers’ of ‘national histories’, such as Lucas Alamán, Francisco Adolfo de Varnhagen, José Manuel Restrepo and Bartolomé Mitre.

Keywords: National history, national character, atlantic world, nationalism, organism-nation.

* Posdoctor en Estudios Sociales en la Universidad Autónoma Metropolitana; Doctor en Humanidades en el Tec de Monterrey; Doctor en Teoría Crítica en el 17, Instituto de Estudios Críticos; Diplomado en Historia de México en la UNAM. Actualmente es profesor de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP, México). Correo electrónico: betoballack@yahoo.com.mx. <https://orcid.org/0000-0003-4647-9961>.

INTRODUCCIÓN

Las 'historias nacionales' de las naciones latinoamericanas como México, Brasil, Argentina y Colombia, son revisadas a partir de considerarles propiamente un género literario: el género historiográfico, estructurado a partir de sus fuentes primarias bajo las ideas de 'origen' y 'destino' históricos, tomando en cuenta la existencia de un 'carácter o genio nacional'. Se concluye que las ideas historiográficas predominantes que dieron nacimiento a la idea de 'Nación' en la América Independiente, estuvieron fuertemente influenciadas por las miradas filosóficas y humanistas más importantes de la Ilustración, el Romanticismo y las ideas liberales del siglo decimonónico.

CONDICIONES DE POSIBILIDAD DEL SURGIMIENTO DE LAS HISTORIAS NACIONALES EN EL MUNDO ATLÁNTICO (EUROPA OCCIDENTAL Y LAS AMÉRICAS)

La preocupación por la cuestión de la nación atraviesa por diferentes tipos de narrativas: historiográficas, literarias, políticas, estéticas, entre otras. La globalización la habría de develar como posibilidad para la población local para hacerle frente a esta misma, incluyendo sus intenciones homogeneizantes y justificantes del supuesto 'fin de la historia' que acompañan al correlato del capitalismo transnacional y neoliberal de finales del siglo XX y principios del siglo XXI. Pero antes, luego de la firma de la Paz de Westfalia (1648) y el surgimiento del Estado-nación, las nacionalidades europeas (civilizaciones) habrían de elevar sus horizontes históricos hacia afuera del continente europeo -como parte de Europa- como necesidad espacial vital (*Lebensraum*), indispensable para su progreso y la compartición de los otros no como comprensión e inclusión del otro, sino como negación y aculturación violenta y represiva del otro: Visión Atlántica de América Latina.

A partir del siglo XVI, en gran parte debido a los nuevos territorios 'descubiertos' y conquistados por las potencias europeas en ultramar, como fue el caso de parte del continente americano por la espada y la cruz ibéricas, el mundo conocido y aquél por conocer entraron en crisis. En Europa, las ideas liberales en parte producidas por los nuevos conocimientos que verían su mayor fuerza y apogeo a partir del Renacimiento (siglos XV-XVI), la Reforma Protestante (siglos XVI-XVII), la Ilustración (siglos XVII-XIX), la Revolución Industrial (siglos XVIII-XIX), la Revolución Francesa (siglos XVIII-XIX), entre otros, en el caso español y lusitano, provocarían un cisma al interior del imaginario social de la época, más tradicional culturalmente en el sentido religioso y socio-institucional que en los casos vecinos de los reinos de Italia, Alemania, Francia, Inglaterra y los Países Bajos. El proceso cultural y científico que trajo la concepción racionalización-secularización frente a la tradición religiosa y teológica en la

península ibérica, cuya predominancia había impulsado la conquista y dominio de los territorios americanos, afectaba no solo el interior de los estados imperiales de España y Portugal, sino también los vastos dominios que ambos poseían en América. No obstante, como afirma Isaiah Berlin: La Ilustración no fue, como a veces se mantiene, un movimiento de tipo uniforme en el que todos sus miembros creían, aproximadamente, en las mismas cosas. Las posiciones sobre la naturaleza humana, por ejemplo, difirieron considerablemente [...] El hombre requería una disciplina rígida para poder al menos enfrentarse a la vida" (Berlin 2015, 47).

Los grandes movimientos que se produjeron en Europa a partir de lo que se conoce como el fin del Medioevo, y el ascenso de nuevas clases y estamentos sociales confluyeron en cambios significativos en torno al acceso y el manejo del poder, además de que las mismas relaciones que establecían los pobladores en ambos lados del mundo acerca del tiempo y el espacio, la relación con la naturaleza y el conocimiento, les plantearon la necesidad y la posibilidad de repensar el tipo y funcionamiento de las instituciones existentes, las formas de producir e intercambiar, el modo de organizarse socialmente, entre muchos otros cambios que necesaria y voluntariamente habrían de suscitarse en las próximas décadas, y que tradicionalmente se encontraban bajo el control de la Iglesia y la monarquía. Isaiah Berlin afirma que,

El giro particular que le dio la Ilustración a esta tradición consistió en señalar que las respuestas no podían obtenerse por muchos de los medios tradicionales seguidos hasta el momento [...] La respuesta no puede obtenerse por revelación, ya que las diferentes revelaciones de los hombres parecen contradecirse entre sí. No se puede llegar a ella por tradición, ya que puede demostrarse que la tradición es con frecuencia engañosa y falsa. No puede obtenerse por dogma, o por la introspección individual de hombres pertenecientes a un grupo privilegiado, ya que demasiados impostores han usurpado dicha función; y así sucesivamente. Hay solamente un modo de descubrir estas respuestas, y es gracias al uso correcto de la razón, deductivamente como en las ciencias de la matemática, inductivamente como en las ciencias de la naturaleza (Berlin 2015, 44-45).

El origen y sobre todo la idea sobre el posible origen de la "Nación", tendría un 'fundamento' de carácter romántico basado en una nueva concepción de la realidad y una nueva sensibilidad frente a ella, tomando distancia crítica respecto del racionalismo y la nueva científicidad en expansión. La realidad a diferencia de lo que fue durante la mayor parte de la Edad Media, se concebía como cambiante, en flujo permanente y constante devenir, de hecho, por esta época se escribirían las primeras 'filosofías de la historia'. La vida resulta tan diversa y heterogénea como los misterios del cosmos y las contradicciones de la existencia. Cada componente de la

realidad, como pueblos, comunidades, costumbres, tradiciones, fiestas, ritos, entre otras cosas, resultan valiosas en sí mismas. Frente al racionalismo de la Ilustración, el Romanticismo afirma que el mundo no solo se conoce a través de la razón, la lógica y la ciencia, sino también a partir de la intuición, los sentidos y los sentimientos. Una nueva valoración se estaba proyectando sobre el mundo, interesada por lo particular, lo común, lo propio, lo del pueblo y lo 'siempre-allí'. Por ejemplo: ¿cuál sería el origen y el destino, el carácter específico y diferenciado del pueblo, de la comunidad y su 'ser histórico' que lo define y distingue del resto como entidad individual conformada por iguales entre sí y diferente de los otros, es decir, de "Nación"?

El horizonte 'atlántico' del siglo XVIII se caracteriza mayormente por la existencia de monarquías absolutistas, las cuales como imperios rigen sobre estados pluriétnicos rara vez contiguos, fundados en regímenes clasistas y basados en el color de piel y origen social, diferencias acentuadas en virtud de las restricciones comerciales impuestas por el gobierno imperial y los nuevos avances en las comunicaciones, empleados como pretexto para ejercer la violencia y su autoridad en contra de todo aquello que va o podría ir en contra de los intereses enmarcados en la simbiosis de los poderes religioso y político, frente a la amenaza que les significa de acuerdo a su propia interpretación la fuerza y velocidad con la cual se expanden en el 'centro' y la 'periferia' las ideas de la Ilustración y el liberalismo, llevando por seguridad al rey de Portugal a exiliarse de su país en Brasil por miedo a la inminente revuelta que se cierne no solo en su país, sino en otras partes de Europa. España tiene territorios en Italia y América; Portugal en la India y en América; Italia en Etiopía y otras partes de África; Austria-Hungría en parte de Polonia y Rumania. En esta suerte de relaciones espaciales no coinciden los gobernantes y los gobernados. Los primeros no hablan la lengua de las colonias conquistadas.

La riqueza que proporcionaban las colonias a las potencias europeas produciría un reordenamiento de los poderes y jerarquías en el concierto europeo de las naciones, aumentando la competencia entre estas y las relaciones que estas mismas mantenían con sus colonias. Ante el panorama anterior y como consecuencia de este, una serie de movimientos revolucionarios de independencia se cernían sobre el poder imperial: la Revolución en la Norteamérica británica (1775-1783), la Revolución Francesa (1789-1799), la Revolución de Saint-Domingue (1791-1804), las Revoluciones de la América española (1810-1826) y la Revolución de la América portuguesa (1817-1824). ¿Qué tuvieron todos estos movimientos en común?

Los debates y 'libelos' que los produjeron y/o a los que dieron estos lugar, se encontraban permeados de los debates, problemáticas y discursos más significativos

que llenaban los salones y ediciones de obras de los ilustrados más importantes del periodo histórico en cuestión, en particular aquellos que hablaban sobre la libertad, la igualdad, los derechos individuales inalienables, la esperanza de las reformas sociales y la emancipación humana, y el republicanismo (Voltaire, Rousseau, Condorcet, Montesquieu, Hume, Paine, Kant, entre muchos otros). Los conflictos europeos de carácter bélico en el Viejo Continente también influyeron de manera importante en el imaginario cultural que trajeron por un lado, las luchas independentistas de las naciones americanas; y, los debates sobre la conformación y organización constituyente de las nuevas naciones independientes, como: las Guerras Napoleónicas, aquellas entre Inglaterra y Francia; Inglaterra y España; Prusia y Francia; entre muchas otras contiendas ocurridas en aquella época, incluyendo el rol que la Iglesia católica y el Vaticano jugaron en dichas disputas, por otro lado.

Todas las naciones americanas en conformación aprovecharon la coyuntura en la que las naciones europeas se encontraban, las cuales trajeron crisis económicas en ambos lados que, además de incrementar el yugo sobre las poblaciones en la periferia, les incapacitaba para rearmarse con éxito y defenderse de las otras potencias tanto en el espacio europeo, como con relación a los intereses coloniales, perdiendo así la poca legitimidad que les restaba. Aunado a lo anterior, las ideas 'modernas' nutrieron el imaginario en el que la independencia, la autonomía y la libertad no podían seguirse postergando, confluyendo en la conformación de una clase social ilustrada, ya civil, ya militar, y, en no pocas ocasiones, pertenecientes al clero, dispuestas a luchar por la 'Nación'. Los ejércitos independentistas, en unos casos más que en otros, siempre estuvieron llenos de desacuerdos, intereses, conflictos internos y traiciones, antes, durante y después de lograr la soberanía nacional respecto de la Corona. Para Benedict Anderson:

Si los indígenas podían ser conquistados por las armas y las enfermedades, y controlados por los misterios del cristianismo y por una cultura completamente ajena (así como por una organización política avanzada para la época), no ocurría lo mismo en el caso de los criollos, quienes tenían virtualmente la misma relación que los metropolitanos en cuanto a las armas, las enfermedades, el cristianismo y la cultura europea. En otras palabras, los criollos disponían en principio de los medios políticos, culturales y militares necesarios para hacerse valer por sí mismos. Constituían a la vez una comunidad colonial y una clase privilegiada. Habrían de ser económicamente sometidos y explotados, pero también eran esenciales para la estabilidad del imperio (Anderson 1993, 92-93).

Los historiadores nacionalistas van a basarse en la metodología de la crítica de fuentes históricas que formaban parte de la tradición desde los monjes de las órdenes de la Edad Media. Entre los siglos XVIII y XIX, se torna necesario legitimar el discurso sobre la nación a través de las fuentes documentales seculares y diplomá-

ticas de forma crítica, ya no considerándose válidas las otras consideradas como autoridad única, de carácter teológico, religioso o providencialista: 'Toda nación tiene una misión que cumplir'. Más que una abdicación de la cultura cristina, lo que ocurrió en cierta medida y no como totalidad fue una transfiguración de ideas, tales como la de dios y la salvación al final de los tiempos en progreso, éxito y riqueza en la vida mundana; o, la de providencia en civilización. Durante el siglo XIX, el tiempo asume una importancia que anteriormente nunca había tenido, estandarizándose con las implicaciones sociales y políticas que ello implicaba para el comercio, la diplomacia, la administración, entre otros ámbitos, tan es así, que se producen relojes masivamente en el centro de Europa. Kant, Newton y posteriormente Heidegger, entre muchos otros van a dedicar parte importante de su filosofar a este tema. La sociedad del *ancien régime* parecía quedarse atrás más por los desarrollos en la ciencia y la tecnología que por virtudes y clarividencias morales o políticas. Afirmar Anderson:

El liberalismo y la Ilustración ejercieron claramente un efecto poderoso, sobre todo proveyendo un arsenal de críticas ideológicas contra los imperiales *ancienes régimes*. Lo que estoy proponiendo es que ni el interés económico, ni el liberalismo o la Ilustración, podrían haber creado por sí solos la clase o la forma de la comunidad imaginada que habrá de defenderse contra las depredaciones de estos regímenes; dicho de otro modo, ninguno de estos conceptos proveyó el marco de una nueva conciencia -la periferia de una imagen que apenas se distingue- por oposición a los objetos de su agrado o aversión (Anderson 1993, 101).

Pero la verdad es que las sociedades posrevolucionarias quedaron algunas de ellas en un estado económico crítico y socialmente lleno de inestabilidad, con una infraestructura en ruinas y el campo improductivo, tal fue el caso de Haití. Conflictos interestatales e intereses de los caudillos a nivel regional complicaron el surgimiento de la 'Nación' bajo la idea de unidad e identidad general. Lo anterior, resultó en no pocas ocasiones, en provincialismos, desincorporaciones, disgregaciones, desplazamientos poblacionales, desterritorializaciones y otro tipo de conflictos bélicos con disputas y pérdidas de soberanía y de vidas de por medio, organizados y encabezados por burguesías criollas incipientes, lo cual a su vez con las complicaciones evidentes que lo anterior conlleva en el desarrollo factual de regímenes democráticos duraderos y estables, necesarios para el establecimiento y la identificación con lo que denominarse una auténtica 'Nación'. Pero ¿qué es una 'Nación?', y ¿qué papel juega la historiografía en el nacimiento del concepto de 'Nación'?

LA NACIÓN COMO PROBLEMA

Para contestar esta pregunta resulta necesario describir las condiciones de posibilidad y las principales consideraciones que definieron la historiografía del siglo

decimonónico. Para Herder, 'A cada pueblo corresponde una nación', mientras para Renan, 'La nación es un problema dado'. Para Elías Palti,

La idea moderna de nación tendría, en realidad, un doble origen, lo que da lugar a una antinomia de la que, alegadamente, resultamos aún herederos. Usualmente se distinguen dos ideas modernas de nación, cuya oposición atravesaría todo el pensamiento occidental hasta nuestros días. Una correspondería a la Ilustración, la otra emergería con noción herderiana *Volksgeist* o 'espíritu del pueblo'. La primera inscribe la nación dentro de una perspectiva artificialista según la cual se funda en un vínculo contractual. La segunda, en cambio, concibe a las naciones como entidades objetivas, independientes de la voluntad de sus miembros. La idea ilustrada define así un contexto democrático y se proyecta en un horizonte cosmopolita, en el que las naciones tenderían históricamente a fusionarse en una única comunidad sostenida en los principios universales de la razón. Por el contrario, la idea romántica primero formulada por Herder [...] imagina las naciones como totalidades orgánicas, discretas y singulares (incomensurables entre sí), y organizadas en su interior jerárquicamente (Palti 2003, 29).

Podemos hablar entonces de dos tipos de definiciones modernas sobre la "Nación". Una que llamaremos 'cultural', y que considera que un grupo de seres humanos, habitantes de un territorio específico, comparten un sistema de ideas, signos, comportamientos y modos de comunicación, el cual los distingue de otros grupos humanos. La segunda la llamaremos 'voluntarista', en la cual un grupo de seres humanos habitantes de un territorio específico, desean persistir como comunidad, esto es, que reconocen derechos y obligaciones mutuos, los cuales los distinguen de aquellos seres humanos que no son miembros de dicha comunidad. En común ambas definiciones consideran que una 'Nación' es una unidad cultural políticamente homogénea, es decir, una comunidad histórica conformada entre los siglos XVIII y XIX, de lo cual se ocupan de manera importante pensadores como Ernest Gellner, Benedict Anderson, Erich Hobsbawm y Guy Hermet, entre otros. Estos autores consideran que una 'Nación' contiene un sistema económico industrial en fases diversas de desarrollo orientado hacia el crecimiento y la innovación, el cual a su vez se encuentra necesitado de recursos humanos racionales, eficientes y móviles. Dicho sistema está organizado en torno a un Estado centralizado territorial y políticamente, en parte edificado sobre el deterioro de la legitimidad dinástica fundada en el derecho divino y una burguesía consolidada o en proceso de consolidación empeñada en hacerse del poder soberano del estado. Es en la entrada del siglo XIX que surgen los nacionalismos siendo estos variados y diversos los modelos, ya diferenciados de los modelos mecanicistas que prevalecieron durante el siglo XVII. Los modelos de 'Nación' en el sentido con el cual los conocemos hoy en día nacen también en este siglo decimonónico, principalmente fundamentados en las ideas sobre la 'filosofía

de la historia' de corte racionalista (ilustrada) que está corriendo en esa época, poco preocupada por lo particular y más bien basada en valores -y pretensiones- universalistas (Voltaire, Gibbon, Clavigero, etc.).

Sin las condiciones anteriores, las culturas homogéneas, estandarizadas y centralizadas no podrían haber prevalecido sobre poblaciones enteras, algunas veces dispersas sobre el territorio, ni habérseles asumido con repositorio de la legitimidad política y jurídica. Para este momento, principios filosóficos, metafísicos, políticos, morales y económicos que habían perdurado en el tiempo sustentando la llamada tradición, habían comenzado a cimbrarse y muchos de ellos, quedarían atrás por completo sin necesidad ni posibilidad de recuperación, mientras que otros opondrían fuerte resistencia al cambio. El Romanticismo mismo es de naturaleza híbrida en el sentido de su pluridiscursividad. Elías Palti, haciendo una sumarización clave en los estudios sobre el Nacionalismo, considera que, entre los historiadores de este concepto, algunos

Lo definen en términos de una oposición entre los nacionalismos en países de 'alta' y 'baja' cultura (Plamenantz, 1973; Gellner, 1992), u Occidentales y Orientales (Hayes, 1926; Kohn, 1982), o nacionales 'nuevas' y 'antiguas' (Seton-Watson, 1977). Otros (Ma, 1992; Snyder, 1954; Hobsbawm, 1991) distinguen entre un nacionalismo con bases estatales e integrativo (los 'nacionalismos oficiales') y un nacionalismo 'mentalmente construido' y esencialmente perturbador (*disruptive*) (los 'pequeños nacionalismos'). Finalmente, algunos autores, como Edward Hallett Carr (1945) y Snyder (1954), a fin de dar un sentido más claramente histórico a estas tipologías, introdujeron en ellas una dimensión temporal, lo que resultaría en una periodización (luego retomada, entre otros, por Hobsbawm) de acuerdo con la cual, en líneas generales, en los siglos XIX y XX primarían, respectivamente, una y otra variante de nacionalismo. En todos los casos subyace una misma matriz de pensamiento: a un nacionalismo *progresista* y *democrático* de raíces iluministas se opondría un concepto *autoritario* y *reaccionario* fundado en un ideal social organicista (que habría surgido originalmente a fines del siglo XVIII o comienzos del siglo XIX como reacción a las visiones *atomistas* o *mecanicistas* de la Ilustración) (Palti 2003, 30).

Como puede observarse en lo que Palti nos menciona en la cita anterior, la historiografía no solo no se basta a sí misma como 'ciencia de la historia' para delimitar y definir con precisión un concepto tan llevado y traído como los de 'Nación' y 'Nacionalismo', sino que además se trata de ideas plurales y relativas que se han visto severamente influidas por variables culturales endógenas y exógenas con el paso de un siglo a otro, y con el salto de un espacio geográfico a otra en función de las mentalidades predominantes en cuestión. La discusión sigue abierta y lejos de concluir, tanto como que, en realidad la Racionalización (Industrialización y Revolución Francesa)

y el Romanticismo tienen más en común que en contra. La tradición historiográfica aparecía incapacitada para dar cuenta de la nueva realidad política y social surgida de las revoluciones atlánticas de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Esta ya no servía para explicar los grandes cambios y las particularidades y singularidades locales, regionales y microhistóricas de la pluralidad cultural y la fragmentariedad social que habitaba en el continente americano. Lo anterior, sin dejar de reconocer que esta dificultad venía acompañada en paralelo de una valoración romántica por lo particular, por la cultura propia: 'el carácter' o 'genio' de cada pueblo.

Considera Palti que "ni el Iluminismo negaba la diversidad cultural, ni el Romanticismo negaba la unidad esencial del género humano. Plantear en estos términos antinómicos la diferencia entre ambos resulta groseramente simplista, además de servir de base y conducir a toda suerte de anacronismos" (Palti 2003, 34). Lo que parece encontrarse fuera de dudas es que el 'Nacionalismo' se trata de un discurso fundado en una teoría de legitimación política que sostiene que los límites étnicos dentro de un estado (territorial) no deben separar a los detentores del poder político respecto a los que no lo tienen. No se puede hablar de este concepto sin tomar en consideración factores heredados culturalmente como lenguas, símbolos, relatos, historias, instituciones, entre otros. Es precisamente aquí en donde la historiografía nacionalista va a surgir en América Latina, embriagada de conflictos políticos, sociales, económicos, identitarios, culturales de muy diverso talante, que arrastran tensiones y problemáticas que las nuevas -a veces no tan nuevas- cúpulas en el poder tendrán que enfrentar para intentar lograr una cierta unidad que pueda dar lugar a la concepción de algo denominado: Nación. Lo anterior, confluyó en nuevas guerras intestinas, como revoluciones, guerras civiles, familiares o entre comunidades, todos estos conflictos enmarcados invariablemente en disputas por el poder, donde el territorio, los recursos naturales (minas, comercio, agricultura, etc.) y la apropiación de símbolos siempre jugaron un papel protagónico. La labor relativa a la 'invención' de un 'carácter nacional' -una vez alcanzada la Independencia- por parte de las naciones americanas entraba en vigor, poco tiempo había existido para prepararse y disponerse a pensar sobre ello, y menos para llegar a un consenso sólido. Para Palti

La idea iluminista de nación no era menos organicista que la romántica, solo que se fundaba en un concepto distinto de organismo. En efecto, toda la *historia natural* de la Ilustración (el término *biología* sólo aparece con Lamarck a comienzos del siglo XIX) se sostenía en la idea preformista de ese concepto. De acuerdo con dicha teoría, primero formulada por Marcello Malpighi (1628-1694), si aislamos la hipótesis de una intervención sobrenatural continuada en el desarrollo de todo organismo, debemos suponer que todos sus estados posteriores se contendrían en su germen. El proceso de gestación no sería más que un mero crecimiento,

producido por la ingestión de alimentos, de rasgos depositados originalmente en el embrión (2003, 31-32).

Ya Alexander von Humboldt -entre otros- utilizaba los términos de 'forma orgánica', anteriormente empleados por Herder, como 'ideas eternas', 'fuerzas', 'tendencia', haciendo alusión a instancias de carácter universal de origen externo, en donde la filosofía dictaba un fin a los eventos que en el devenir habrían de convertirse en hechos históricos. Por lo que como afirma Francisco Vázquez: "Esto significa considerar la historia como un proceso ya terminado, agotar su devenir en una racionalidad postulada por el filósofo que conoce por tanto reflexivamente, el sentido y el fin del proceso histórico" (1989, 23). Burckhardt por su parte, se opone por completo a esta concepción de la historia en sus *Reflexiones sobre la Historia Universal* (1905), criticando la postura hegeliana que dota a los hechos históricos de un plan universal trazado con anterioridad a su acontecer por la mente del filósofo, oponiendo así, los intereses de la filosofía con los de la historia. A juicio de Vázquez, en "Ranke, Droysen, y en cierto modo Burckhardt, esta identidad de presente y pasado adopta la forma de un postulado teórico; la noción de 'continuidad' se convierte prácticamente en un 'a priori' de la investigación histórica" (Vázquez 1989, 24).

El carácter de toda civilización cambia con el tiempo. No es inmutable. Comprender esto implicó un viraje en la manera en la cual se realizaba la práctica historiográfica. Los pueblos exigían reconocimiento, por un lado, pero también, que el nuevo relato sobre ellos tomara en cuenta su existencia como algo originario, producto de mutaciones históricas y a la vez respetando como algo esencial el 'carácter' del pueblo o nación. Tanto la historiografía nacionalista como la novela histórica están en el mismo régimen y registro lingüístico, aunque atiendan a discursos distintos. La primera, recupera el interés por el carácter del pueblo/nación (*Volksgeist*), esto es, un grupo humano con tradiciones, lenguajes, costumbres, símbolos particulares, entre otras cosas. Además, considera también que ese carácter nacional ha cambiado a lo largo del tiempo.

La historiografía nacionalista hace más compleja la idea de carácter nacional al afirmar que la nación es una suerte de organismo individual, que posee un carácter específico. Dicho carácter se ha expresado históricamente a través de instituciones políticas específicas: Constituciones, leyes, instituciones, estados, ayuntamientos, catedrales, entre otras. Para que este 'organismo-nación' -de acuerdo con Humboldt- llegue a formarse requiere tiempo. Este es el objetivo del organismo entero que está ya presente como semilla -enteléfica y teleológicamente- desde el nacimiento de la entidad; falta su desarrollo. A través de su historia los pueblos adquieren mayor co-

nocimiento de su carácter nacional; y, corresponde al historiador descubrir ese 'carácter nacional' a través de los documentos originales, esto es, la revelación histórica progresiva de dicho carácter. Esta concepción 'orgánica' de la 'Nación' corresponde a una imagen muy antropomórfica de las ideas de 'Nación'. Para Lucas Alamán, las naciones son 'ideas de Dios'. Este autor mexicano, conservador, dice en las últimas páginas del volumen V de su *"Historia de México"*: "Dios ha 'sembrado' en el mundo a los pueblos; estos poseen un 'carácter nacional' que desarrollan en la historia".

Esta concepción de la 'Nación' o pueblos como afirma Alamán, tiene relación directa con la comprensión de la Historia como 'educación del género humano', en la que para Agustín de Hipona la historia consiste en la revelación que Dios hace progresivamente de su Plan a los profetas, quienes lo han plasmado en las sagradas escrituras, lo cual puede encontrarse citado en su obra *"La ciudad de Dios"*, e ideas muy similares en otras versiones sobre la Historia de corte romántico e historicista como las Wilhelm Dilthey y Johann Gottfried Herder. Este último influiría mucho en este mismo tema a Humboldt. Esta secularización romántico-historicista de la 'nación agustiniana' de la 'educación del género humano' a través de su historia, ofrece a los pueblos el espacio de oportunidad de adquirir mayor conocimiento sobre su 'carácter nacional', de su 'misión histórica'; correspondiendo al historiador descubrir a partir de los documentos y fuentes originales, la revelación histórica y progresiva de dicho carácter. ¿En dónde? Investigando en la lengua, las instituciones, la educación, entre otras fuentes, en las que sea posible 'revelar' la 'Nación'.

En virtud de lo anterior, el pasado se convierte en el futuro del 'carácter nacional' en el que los historiadores nacionalistas dan cuenta de la entelequia de la 'nación-organismo'. Esta concepción acaba conformando una suerte de 'filosofía especulativa de la historia' atenta a dar cuenta de lo que cambia, esto es, servir como una interpretación sistemática de la historia nacional con base en un principio que vincula los hechos históricos entre sí y los dirige hacia un significado final o *telos*. La idea de 'carácter nacional' es lo que aglutina y unifica lo que parece no coincidir entre sí. El historiador nacionalista presenta la vinculación contenida en el 'carácter nacional' con la fuerza de su desarrollo pleno y esforzado contra la materialidad que se le opone. Como ejemplos tendríamos a José Manuel Restrepo en Colombia y a Bartolomé Mitre en Argentina, quienes consideraban a la soberanía el elemento básico de la 'Nación'. Este último, intentará integrar su discurso nacionalista con añadidos bíblicos 'revelados' implícitos sobre el 'proyecto' de nacimiento histórico de la 'Nación'. Para Francisco Adolfo de Varnhagen, por el contrario, la soberanía no era un elemento esencial de la 'Nación'. Dependerá de los 'principios nacionales' que ubique cada uno

de historiadores de la 'Nación', para construir y sostener su discurso historiográfico sobre esta. En el caso de Lucas Alamán, la 'Nación' mexicana nace gracias a la Conquista española, la religión católica y las instituciones que ellos trajeron, incluyendo la lengua y la civilidad, por un lado; y, el centralismo, como estructura fundamental para unir e integrar a la 'Nación', por otro lado.

Frank Kermode menciona en su obra *El sentido de un final* de 1983, a propósito de la idea de 'Nación' que, producir o dar lugar y sentido a "modelos del mundo" se relaciona con los finales que son concordantes con los comienzos, y sirven para dar sentido a la acción". La historiografía nacionalista se convierte en un artefacto retórico. Un instrumento que sirve de guía para que la 'Nación' se desarrolle coherentemente. Para Hayden White, "toda historia expresa los ideales de sociedad del historiador".

LA IMPORTANCIA DE LAS FUENTES DOCUMENTALES

El concepto de 'historia' viene del griego *ιστορεῖν* que significa 'inquirir' o 'investigar'. La historia trabaja con fuentes de muy diversos tipos, las cuales dependen en gran medida de los materiales y las técnicas que existen en un tiempo dado, por un lado; y, de las concepciones que se tengan del tiempo y la utilidad o fines sobre la preservación de la memoria predominantes, por otro lado. La noción de 'fuente' en el trabajo histórico es un producto más del pensamiento alemán decimonónico, hoy considerada la materia prima del historiador. "Las 'fuentes' aparecen como una realidad objetiva, nunca elaborada por el historiador, dadas de antemano y alojadas preferentemente en determinadas instituciones destinadas a su preservación" (Vázquez 1989, 28), teniendo como epicentro a la Academia de Berlín y a los hermanos Humboldt. Los archivos en las bibliotecas y en las universidades, así como las colecciones privadas que algunos eruditos prodigaron, se convirtieron en los recintos de la producción y el resguardo de la memoria de la humanidad, al menos hasta esa época, en donde también el trabajo de edición, impresión y reimpresión comenzó a tener un auge antes nunca visto en la diseminación del conocimiento histórico.

La práctica de la edición contribuyó a refinar los procedimientos de crítica histórica. Este método, comenzado en el siglo XVI, se convierte en una técnica depurada a partir de los desarrollos de la filología a comienzos del siglo XIX (Schlegel, Bopp, Niebuhr), y su extensión definitiva a etapas históricas posteriores en los trabajos de Ranke y su escuela (Vázquez 1989, 29).

En la Antigüedad, en donde la tradición oral, el testimonio, la observación directa, el canto y la lírica constituían los métodos, los modelos y las causas eficientes que producían las fuentes y los relatos historiográficos, tenemos ejemplos como la "Germania" de Tácito o las "Historias" de Heródoto. Dice Heródoto en "Eutirpe", capítulo

c de sus *Historias*: "De los demás reyes del catálogo decían [los sacerdotes egipcios] que, no habiendo dejado monumento alguno, ninguna gloria ni esplendor quedaba de ellos en la posteridad, si se exceptúa el último, llamado Meris, pues este hizo muchas obras públicas [...] Tanto fueron los monumentos que a Meris se deben, cuando ni uno solo dejaron los demás". O la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides, en donde nos dice en el Libro I, capítulo I:

Más en cuanto a las cosas que se hicieron durante la guerra, no he querido escribir lo que oí decir a todos, aunque me pareciese verdadero, sino solamente lo que yo vi por mis ojos, y supe y entendí por cierto de personas de fe, que tenían verdadera noticia y conocimiento de ellas. Aunque también en esto, no sin mucho trabajo, se puede hallar la verdad. Porque los mismos que están presentes a los hechos, hablan de diversa manera, cada cual según su particular afición o según se acuerda.

Y ejemplos más recientes tenemos vastos, por ejemplo, Las "Historias" de Gregorio de Tours, en donde encontramos que

En cuanto a los reyes de los francos, muchos ignoran quién fue el primero. En efecto, pese a que la *Historia* de Sulpicio Alejandro cuenta muchas cosas sobre ellos, no nombra en absoluto a su primer rey, sino que dice que tenían caudillos. Con todo, parece oportuno contar lo que refiere sobre los mismos. En efecto, cuando dice que Máximo, perdida toda esperanza de poder, permanecía dentro de Aquilea como un loco, añade: *Por aquella época los francos, acaudillados por Genobauda, Marcomer y Sunnón, se echaron sobre Germania y, tras matar a muchos mortales en su asalto a la frontera y arrasas comarcas de lo más fértiles, llevaron el temor incluso a Colonia Agripina. Cuando esto se anunció en Tréveris, los generales del ejército Nannino y Quintino, a quienes Máximo había confiado su hijo pequeño y la defensa de las Galias, reunieron un ejército y se encontraron en Colonia* (Libro II, 9).

Ya en el siglo XVI, tenemos la "Historia de Florencia" de Guicciardini, y en el siglo XVIII "El siglo de Luis XIV" del ilustrado francés Voltaire. Un extracto del capítulo IV de esta obra nos dice: "Para darnos a conocer mejor las costumbres del tiempo, refiere que cuando la mujer del gran Condé fue a refugiarse a Burdeos, los duques de Bouillon y de La Rochefoucauld salieron a su encuentro a la cabeza de una multitud de jóvenes gentilhombres que gritaron en sus oídos: ¡Viva Conde! Agregando una palabra obscena para Mazarino, y rogándole que uniera su voz a las suyas". O aquellas que inquietan en torno a la fundación de la 'Nación' en nuestro continente ya en el siglo XIX, como "La Historia de Méjico" (1849-1852) de Lucas Alamán, "La História Geral do Brasil" (1853-1857) de Adolfo de Varnhagen, "La Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional" (1858) de José Manuel Restrepo o la "Historia de Belgrano y la independencia argentina" (1856-1889) de Bartolomé Mitre, entre otras. A partir de aquí, ya no se trabaja sin fuentes. Las Revoluciones Atlánticas

cambian la forma de escribir historia. Aparece un nuevo personaje: LA NACIÓN, a partir de la búsqueda de las fuentes donde se encuentran las huellas de su historia y la legitimidad del poder obtenido durante el siglo XIX. Francisco Vázquez afirma que "en los últimos decenios del siglo XVIII los escritores, artistas, políticos y sabios de Alemania percibieron la necesidad que tenía el país de poseer un pasado para poder afirmarse como nación. En contraste con otras potencias europeas, el fragmentario país germano parecía carecer de un pasado propio" (1989, 20-21).

Poder trabajar con las fuentes se debe en gran parte a la aparición de los archivos y su conservación por parte de los burócratas y la diplomacia de los gobiernos absolutistas como los de España y Portugal, por ejemplo. A partir de aquí, los historiadores van a escribir sus 'historias nacionales'. Posturas e interpretaciones chovinistas y etnocentristas irán de la mano. La historia se convierte en un instrumento de legitimación frente al exterior y al interior de la nueva 'Nación' para integrar y acumular en la línea del progreso diferenciado respecto a otras naciones, y por motivos pedagógicos e ideológico-políticos. Es el caso de México, Colombia y Argentina. Ascienden nuevos sectores sociales al gobierno del estado (aristocracias criollas) necesitadas de legitimidad política, cuyo dominio político y económico ya comenzaban a tenerlo de alguna manera. Utilizan el discurso histórico sobre la 'Nación' para legitimar las instituciones que están creando, el cual resulta ser muy similar al que el absolutismo había permitido a que a cuenta gotas fuera asomándose. La Diplomática gana una importancia mayúscula al interior de las bibliotecas y en la legitimación de los Estados-Nación y su accionar dentro y fuera.

El discurso nacionalista se nutre del Romanticismo y ciertas posturas esencialistas, metafísicas y homogéneas, en donde pueblo y 'Nación' prácticamente no se distinguen entre sí, como resulta en el caso de Thomas Carlyle (1795-1881) y Augustine Thierry (1795- 1856) durante la primera mitad del siglo XIX. El pueblo se concibe como integrado por la clase media. Durante la segunda mitad de este siglo, pueblo y 'Nación' comienzan a diferenciarse, quedando el primero en la parte baja de la sociedad, y la segunda en la parte superior. Para entonces se crean los primeros archivos nacionales y las instituciones dedicadas a la recuperación y estudios de documentos antiguos. Por ejemplo, la École de Chartres en Francia en 1821, el Archivo General en México en 1823, el Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro en 1839, el Archivo General en Argentina en 1821, la Instrucción de Archivos en la República de Nueva Granada en 1826. Además, se crean las primeras cátedras de historia en las universidades, y se comienzan a financiar proyectos para dar a conocer sitios arqueológicos. El estado es uno de los principales interesados en patrocinar este tipo de proyectos

en su afán por legitimarse; la música y la literatura no son del todo ajenas a esta tendencia. De hecho, los intelectuales que comienzan a escribir y a dar clases sobre historia, son reconocidos poetas o políticos, como Varnhagen y Lucas Alamán respectivamente. La historia va institucionalizándose.

El creciente interés por la historia y la importancia por las fuentes viene acompañado de la necesidad de la crítica de estas. Unas se conciben como externas, y tienen como finalidad fijar la autenticidad del documento y su pertinencia espacial y temporal a partir de sus rasgos materiales, incluyendo su lenguaje. Otras son nombradas como internas, las cuales se refieren principalmente a la interpretación psicológica del documento y su intencionalidad. Ambas perspectivas críticas asumen un cambio en la concepción del 'hecho histórico'. 'Hechos históricos' que para teóricos como Droysen son considerados 'actos humanos de voluntad' siempre en reconfiguración: "unidades temporales, unidades territoriales, unidades biológicas, unidades espirituales y personajes históricos" (Droysen 1983, 245-323). Entre otras cosas, se observa una 'resurrección' romántica del pasado: intereses, creencias, se le pone 'carne y hueso' a las instituciones del pasado como uno de los objetivos más importantes de los historiadores, por ejemplo, Carlyle respecto a "Los héroes". Pero, también con relación a las tradiciones populares, crónicas e historias antiguas, leyendas y todo aquello que revelase el 'modo de ser' original de una 'Nación'.

De esta manera nace la 'ciencia histórica' como unidad de crítica y narración. Por ejemplo, los *Relatos de los tiempos merovingios/Consideraciones sobre la Historia de Francia* de Augustin Thierry. En donde encontramos de la mano del autor una explicación sobre el método historiográfico que empleó para la escritura de su obra. Dice Thierry:

Concebido mi proyecto, dos métodos se me presentaron: el relato continuó teniendo como hilo conductor la sucesión de los grandes acontecimientos políticos, y el relato por trozos o partes separadas, teniendo cada uno por hilo, la vida o las aventuras de algunos personajes de su tiempo. No dudé entre esos dos métodos; elegí el segundo de entrada, a causa de la naturaleza del tema que debía ofrecer en pintura, tan completa y variada, de las transacciones sociales y del destino de la humanidad en la vida política, la vida civil y la vida familiar; después, a causa del carácter particular de mi principal fuente de información, *Histórica eclesiástica de los francos* de Gregorio de Tours.

La definición del acontecimiento -para Vázquez- en su doble aspecto de singularidad y universalidad "permite discernir cómo es su atribución, es decir, dónde se sitúa la clave del 'hecho histórico', su significado [...] El 'acontecimiento' posee una atribución externa, es decir, hay que trascender el nivel de la mera singularidad de los fe-

nómenos para captar sus significados. Este se localiza en lo que se han denominado 'totalidades' o 'formas orgánicas'" (Vázquez 1989, 25). Tenemos también la "Historia de Inglaterra" de Thomas Macaulay (1800-1859), escrita entre 1763 y 1783 en ocho volúmenes. Está basada en acciones de los individuos que están fundamentadas y condicionadas por las instituciones, las cuales se convierten en sujetos de la historia. Aquí un extracto del capítulo I de dicha obra:

Con tales sentimientos, ambos partidos han mirado las Crónicas de la Edad Media. Ambos encontraron oportunamente lo que buscaban, y ambos obstinadamente negaron ver otra cosa sino lo que buscaban [...] Los Tories citaron de los manuscritos antiguos expresiones casi tan serviles como las que son escuchadas desde el púlpito de Mainwaring. Los Whigs descubrieron expresiones tan audaces y severas como las que resuenan desde el asiento de Bradshaw [...] pero ambas conclusiones son igualmente remotas de la verdad.

En la *Historia de Portugal*, escrita en 1888 por Alexandre Herculano (1810-1877) y basada en la *Crónica de Rodrigo*, encontramos el relato de una batalla intestina y dinástica por el poder entre Alfonso II y sus hermanas. Leemos de Herculano:

Estaba trabada la lucha [contra sus hermanas]; pero Alfonso II no empleó luego fuerzas abiertas, porque, tal vez, sintió que sus pretensiones no estaban enteramente justificadas. Una circunstancia imprevista lo habilitó, a pesar suyo, para darles fundamentos más sólidos, limitándolas, y para encubrir hasta cierto punto la violencia contra el manto de la moderación. Lo que pasaba en España entre los cristinos y los sarracenos produjo esa circunstancia favorable [...]

Y tenemos en nuestro continente la *Historia de la República Argentina* (1883-1893) de Vicente Fidel López (1815-1903), en donde ofrece sentido a las instituciones explicando y justificando acciones políticas de individuos. Allí nos dice en el siguiente pequeño extracto del Tomo III que

Si esta malhadada tendencia fue culpa, por una parte, de la inexperiencia y de la ignorancia de los hombres, fue, por la otra, efecto del conflicto inevitable de los sucesos, de la fatal complicación con que se produjeron, los unos a los otros, bajo la ley inexorable de las necesidades inmediatas, sin darse tiempo para tomar pie en un punto de descanso en que poder *sistemar* el mecanismo liberal de los Medios (López, 290 y ss.).

Los ejemplos anteriores interpuestos a través de extractos que hoy es posible leer como trabajos historiográficos legados para ser estudiados en nuestra época, como parte de la tradición del trabajo del historiador son ejemplos de cómo este saber se ha constituido y de cómo ha evolucionado según diversos aspectos interrelacionados como su producción y diseminación, pero ¿a partir de dónde considerar que debe comenzar el relato de la 'Nación'?

¿DÓNDE COMENZAR EL RELATO DE LA 'NACIÓN'?

Partamos de considerar que una narración es un género discursivo con al menos tres elementos que necesariamente tienen que estar presentes: 1) un narrador (alguien que cuenta que alguien 'hace algo'; 2) una trama (secuencia o estructura de la acción); 3) se compone de comienzo, desarrollo y final. ¿Son los 'comienzos narrativos' naturales o artificiales? ¿Es natural que Varnhagen comience con su *Historia do Brasil* con la llegada de los portugueses a la tierra amazónica?, ¿debe comenzar la historia de Brasil con los aborígenes de la selva del Amazonas? ¿Cuál es más natural o más artificial? ¿Debe comenzar la historia de la 'Nación' mexicana con la Conquista de los españoles como de hecho sucede en Lucas Alamán o en Carlos María de Bustamante? ¿Qué tanto esta búsqueda del origen o nacimiento de la 'Nación' es resultado de un ejercicio de ficción y qué tanto basado en hechos reales? De acuerdo con José Carlos Chiaramonte en su obra *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana* (1993):

Según un punto de vista generalizado en la historiografía latinoamericana, los proyectos de nuevos estados nacionales que se difundieron con la independencia implicaban la existencia previa de una comunidad con personalidad nacional o en avanzado proceso de formación de la misma [...]. Se trata de un punto de vista que en el caso rioplatense resulta falso y que impide percibir el desconcierto que al respecto se manifestaba hacia 1810. Si bien el mencionado criterio tiene excepciones, no sólo no ha desaparecido, sino que tendió a convertirse en predominante. Resultado atribuible fundamentalmente al efecto de algunos presupuestos con que suele abordarse la historia de la génesis de la nación en América Latina. Presupuestos que son fruto de la voluntad nacionalizadora de los historiadores del siglo pasado, quienes marcaron profundamente una huella por la que siguió hasta la mayor parte de la historiografía latinoamericanista. El afán por afirmar los débiles estados surgidos del derrumbe ibérico, fomentando la conciencia de una nacionalidad distinta, propósito explícito en esa historiografía, facilitó la generalizada suposición de que la independencia fue resultado de la necesidad de autonomía de nacionalidades ya formadas (Chiaramonte 1993, 5).

De lo que se está hablando aquí no es otra cosa que de una historia más sobre la búsqueda de 'un origen', el de la 'Nación'. ¿De dónde partimos y por qué? Parece seguir resultando más sencillo plantear más y más preguntas que ofrecer respuestas al respecto. ¿Es el concepto o la idea de 'Nación' un artificio lingüístico con una delimitada frontera discursiva? ¿Su construcción consiste en una intencionalidad cuya plurivocidad puede y debe precisarse? ¿Se trata de una 'duración' con unidad, duración y significado? Estas preguntas pueden extenderse *ad infinitum*, pero, tratemos de reflexionar críticamente sobre la complejidad de nuestro tema, considerando que estas no lo son solo del espacio latinoamericano ni solo de los historiadores nacidos

o interesados en el estudio de la cuestión en dicho espacio.

Historia y narratividad coinciden aquí en la necesidad de darle sentido a las acciones y procesos humanos con la intención de que este pueda lograrse, además, con la mayor plenitud y unidad narrativa en términos de comprensión y, por tanto, para fines de su divulgación y de pedagogía crítico-historiográfica. Esto es, tratando como punto de partida, de discursar críticamente sobre -como ya vimos antes en este trabajo- explicaciones y argumentos de carácter teológico, providencialista y naturalistas principalmente, acerca del 'origen de la nación'. Los historiadores del siglo XIX van a tratar de ocultar como artificio el pasado indígena del país americano. En el siglo XX, a diferencia de Palti, los historiadores no van a considerar más a la nación como un organismo. Los historiadores propondrán imágenes del pasado, hipótesis y estrategias estéticas e ideológicas para plantear un todo coherente. En el siglo decimonónico, el texto histórico contiene más descripción que narración. En el siglo XX, se plantean procesos con modelos descriptivos analíticos y narrativos con principio y con final. Si no se conoce cuál fue el inicio de un proceso histórico, se presenta y postula tanto hipótesis como modelo(s) de lo que puede u pudo suscitar el inicio, el desarrollo y el final de un proceso, esto es, de hablar y detectar acciones. Arrancando el siglo XX se tiene la intención de producir un nuevo discurso, revalidar o contradecir los ya existentes. Autores como Roland Barthes, Paul Ricoeur y Ernst Gombrich coinciden en que fue necesaria la aparición de la historiografía para que apareciera la ficción. El inicio constituye una duración. Para Chiaramonte,

La fuerte influencia que la primera historiografía nacional de los países latinoamericanos ejerció desde mediados del siglo pasado sobre la cuestión del origen de las nacionalidades, moldeó de tal manera el enfoque de la cuestión, que hoy ese enfoque no sólo impera entre los historiadores latinoamericanos, sino que se ha extendido a la historiografía latinoamericana, europea y norteamericana" (1993, 7).

El historiador del siglo XX tratará de darle sentido a los acontecimientos que por sí solos no habrían de explicar y justificar la dirección, el significado y el sentido de lo que se narra sobre la 'Nación' y su origen. El historiador trabaja con dos tipos de fuentes documentales: a) aquellos que descubre en la investigación documental; y, 2) aquellos que corresponden a una tradición retórica, lingüística y narrativa que proviene de su propia cultura. Lo anterior implica a las habilidades lingüísticas y talentos que el historiador tenga para actualizar lo que suscribe acerca del pasado, cuando se escribe en el presente. El historiador debe ser capaz de reflejar la realidad pasada. A diferencia del historiador del siglo XIX que, aún trabajando con documentos, 'traduce' de discurso en discurso como si las fuentes fuesen naturales y ya estuviesen

allí. La realidad en sí misma es una narración. En la historia esto se conoce como 'narratividad'. La narración en sí misma tiene realidad. Tendríamos que conocer el principio y el final, y esto no es así. Los seres humanos tenemos la necesidad de la duración, es una cuestión existencial. Nos dedicamos a buscarle sentido a las cosas.

Carlos María de Bustamante trata de justificar la insurgencia aduciendo que la Colonia representa la barbarie. Los indígenas que siguen a Miguel Hidalgo representan para él el origen, el orden natural de las cosas, por lo tanto, la 'Nación' ya estaba presente, solo que despertó hasta 1810. Para Gonçalves, la nación brasileira se remonta hasta los pueblos originarios del territorio amazónico, por lo que deben ser considerados el origen natural de la nación brasileña. ¿Qué finalidad persigue con ello? La lucha contra los remanentes del 'lusitanismo' preexistente de Pedro II, los cuales retrasaron el advenimiento de la 'Nación'. Mientras que -como ya comentamos- la historiografía argentina del siglo XIX es homogénea con el inicio de la 'Nación': la dominación española. Querían guardar distancia de la población que aun poblaba el territorio a mediados del siglo XIX, indígenas en su mayoría. Para José Manuel Restrepo, en su *"Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional"* (1858), la 'Nación' comienza con la Guerra de Independencia. Como conclusión respecto de las narraciones sobre la 'Nación' como artificio ficcional podemos decir que: a) siempre se encontrarán disputas entre versiones de la historia nacional; b) existe un corte radical en ocasiones entre versiones sobre el origen del concepto y el 'ente' de la 'Nación'; c) se trata de una construcción ideológicamente intencionada; y, d) instituye una dirección y dota de significados a un conjunto de hechos.

CONCLUSIONES

Intentar describir la 'misión histórica' de la 'Nación' significa ensayar 'modelos de mundo'. Wilhelm von Humboldt, considera en su obra *"Sobre la tarea del historiógrafo"* (1821) que "el quehacer y oficio del historiógrafo, en su última y, sin embargo, más sencilla solución, es la representación del esfuerzo de una idea en su lucha por alcanzar la realidad. Porque no siempre la idea lo logra en el primer intento y no pocas veces se bastardea en tanto que no consigue dominar absolutamente la materia activamente resistente, reaccionante". Por su parte, Leopold von Ranke (1795-1886) en *"Sobre la relación y la diferencia entre la historia y la política"* escrita en 1836, afirma: "Por consiguiente, la historia tiene el cometido de determinar la naturaleza del Estado, partiendo para este fin de los acontecimientos del pasado y de difundir esto, y a la política le corresponde desarrollar y llevar a cabo la misión histórica, una vez que ésta haya sido comprendida y reconocida como tal".

REFERENCIAS

- Alamán, Lucas. 1942. *Historia de Méjico. Desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, 5 vols., México: Editorial Jus.
- Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Berlin, Isaiah. 2015. *Las raíces del Romanticismo*, Madrid: Taurus.
- Chiaramonte, José. 1993. *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*, Buenos Aires: Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires.
- Gellner, Ernest. 2006. *Nations and Nationalism*, Ithaca: Cornell University Press.
- Hermet, Guy. 1996. *Histoire des nations et du nationalisme en Europe*, Manchecourt: Éditions du Seuil.
- Hobsbawm, Eric. 2012. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Buenos Aires: Crítica.
- Mitre, Bartolomé. 2014. *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires: El Ateneo.
- O'Gorman, Edmundo. 2007. *Historiología: teoría y práctica*, México: Coordinación de Humanidades, UNAM.
- Palti, Elías. 2003. *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Restrepo, José Manuel. 1858. *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, 4 vols., Bensanzón: Imprenta de José Jacquin.
- Varnhagen, Francisco Adolfo de. 1948-1959. *História Geraldo Brasil. Antes da sua separação e independência de Portugal*, 5 vols., São Paulo: Edições Melhoramentos.
- Vázquez García, Francisco. 1989. *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*, Cádiz: Universidad de Cádiz-Servicio de Publicaciones.